

tedral de Granada, cueva y campo de huida en las Alpujarras. Juan de Loxa elabora un texto de arañado y cruel mito bíblico: es un pueblo, una raza en éxodo, marginación y exterminio continuado: «es urgente preguntar por los ausentes»: uno de los cantaores del grupo, El Piki, apareció todavía no hace meses en una cuneta de carretera, muerto y con una pierna aserrada. A él se le sentía allí: dando sangre a las alegrías de Miguel López: «qué mala pata, niña, que mala pata, no le saliera el tiro por la culata». Carmen Albéniz y Mario Maya son baile sufriente en esta pasión, en la cual Mario como víctima propiciatoria es Cordero llevado al matadero; Carmen, la única posibilidad de salvación, la que a disparos de tacón y puntera lo levanta a romper dogales y maromas, puertas de cárceles. El baile de Mario Maya da alegría poderlo ver y no poder contarlo.

IV

El vestíbulo de San Hermenegildo (altos blancos cuajados en cenefas de colgaduras municipales) fue familiar y fresco recodo para charlas y presentaciones: veladores y sillas, propensos al animoso parloteo de cualquier coloquio, frente al estrado presidido por la bandera andaluza: Manolo Barrios fue el primero. Presentó un libro que preocupa a los estudiosos, por lo que conlleva el no estar de acuerdo del todo con los asertos del padre de la Patria Andaluza en un tema que, hasta ahora (hasta el año cincuenta y cinco), ha sido campo sin vallado: *Orígenes del flamenco y secretos del cante jondo*. Blas Infante editó su estudio en 1929 y ahora es reeditado; es casi cruel echar a pelear a nuestros nuevos teóricos con el primer estudio serio sobre el tema. Manolo (admirable dentro de los enormes problemas que lo arrastran) derrochó gracia y conocimiento de lo flamenco y lo gitano, explicando el porqué profundo del buceo de nuestro primer andalucista dentro de nuestro primer y fundamental rostro de cultura.

Al día siguiente se reunieron representantes de la Federación Provincial de Entidades Flamencas de Sevilla para hacer frente a los curiosos: los problemas fueron la organización y planteamiento de una inserción real y urgente dentro del contexto de la llamada cultura sevillana. Y hubo destellos de cómo y para qué: el rótulo que presidía era «Razón de ser y vigencia de las peñas flamencas».

Del 9 al 21 se abrió en el Museo de Bellas Artes la Exposición de Artes Plásticas en un tríptico de expresión: Pintura, Dibujo y Obra Gráfica (Cortijo, Antonio Gracia, Zobel, Joaquín Sáenz, Mauri, etc.);

Escultura (Cruz Marco y Gavira, entre otros), y, en un tercer panel, Fotografía (Ramón Porcel, Emilio Sáenz, Paco Sánchez). Paco del Río presentó la muestra de esta manera: «Y hablamos y nos trae una exposición de la obra de unos artistas en Homenaje al Flamenco, homenaje que es adhesión, homenaje de una actividad misteriosa a otra que no lo es menos. No deben existir ni razones para una intención, la del artista, ni razones para un disfrute, el del espectador... ¿Para qué buscar entonces motivos de lo que aquí se exhibe? El horizonte generativo es común...» En el libro que la I BAF ha editado con las *Coplas y Fotografías de Flamenco*, Paco Sánchez nos entrega los ojos pidiendo cante a cualquier maestro, en una despedida inimaginable, de nuestro recién desaparecido Melchor de Marchena. Desde dentro le acompaña una copla de tres versos, premio de Javier Salvago: «A las claritas del día / el sol por los olivares / y tus manos ya tan frías...»

El día 10, Félix Grande nos habló de una forma hermosa, con la galanura de un romano-andaluz, de «Testimonio y expresión en el cante», es decir, del dolor como génesis de una estética: «cuando canto a gusto me viene a la boca un sabor de sangre»: de la persecución sistemática como madre de una cueva sin paredes en que morir solo, del desprecio oficial como involuntario abono para el mayor tesoro oral y reivindicativo de los que no sólo no tienen, sino que no son: el flamenco como música, como desahogo, como venganza, como único medio de expresión para aquellos que no existen: gitanos, flamencos, gentes de mal vivir, ¿para quiénes son?

Día 11 de abril, vuelta a San Hermenegildo: Mesa redonda sobre «Flamenco y Medios de Comunicación», con asistencia de periodistas y profesionales de los mismos. El tema llevó un enorme interés y mucha gente. Pero todo se desvió. Se podría decir que se ignoró la problemática real del flamenco y los *mass media* y los árboles de la Bienal, en fin, no dejaron ver el bosque: las tarabitas, las continuas reiteraciones, fueron: Bienal con tiquismiquis y nubes, jurado, Lebrijano, acta notarial; y final con fuegos de artificio: follones, gritos personalizados y argumentaciones extraflamenco.

La reina del cotarro, en plan de conferencia o de tranquila parla en las restantes jornadas hasta el 16, fue la Sevillana: el baile y cante pequeño, de guiño, de pelo lucido y suelto que renace en las cinturas, mejillas y manos de mozos y niñas guerrilleras de estos pegujales: primero conocimos a Concha Carretero y su *Origen, evolución y morfología del baile por sevillanas*: toda una tesis al respecto; después, Antonio García Barbeito, en un Pregón de las Sevillanas en el que Ginés jugó el papel de la esperanza y la poesía, dentro de una teoría global de la sevillana

aljarafeña (ilustró la Escuela de Arte de Pepe Moreno, boleras incluidas). Aurelio Verde publica y presenta su *Antología de sevillanas*, editado por la Biblioteca de Temas Sevillanos (Publicaciones del Ayuntamiento), compilador serio y voluntarioso, nos ha devuelto letras olvidadas, y muchas por primera vez escritas, de sevillanas de Sevilla; el poeta además incluye un estudio quintaesenciado y gustoso.

V

Sin llegar a poner el cartel de «No hay entradas», el Lope de Vega se abarrota desde vestíbulos y selecto ambigú hasta los palos más altos del gallinero. Empieza el Giraldillo del Cante.

El jurado lo componen: Francisco Vallecillo Pecino, Manuel Rodríguez Granados, Agustín Gómez Pérez y Luis Caballero Polo. El quinto miembro era Manuel Barrios Gutiérrez, que no asistió por enfermedad, pero los artistas no consideraron necesaria suplencia. El orden que marcó la suerte para la interpretación en esta primera jornada fue el siguiente: Fosforito, Luis de Córdoba, José el de la Tomasa, Curro Malena, Calixto Sánchez (sustituto de Lebrijano) y José Menese.

Las habilllas en la calle: «Este concurso es para la Historia»; «Lebrillano le tenía miedo y ganas a Fosforito; Fosforito está que no puede con José el de la Tomasa»; «Esto está hecho para darle el Giraldillo a José el de la Tomasa; yo no sé cómo Menese se presta a estas cosas»: la calle.

El teatro: abre el espectáculo el baile sin prisas y de exquisita gracia de Enrique el Cojo, con perfecta compañía en la voz de Chano Lobato. Es el único vaho caliente que asiste a Fosforito en el hielo del comienzo: abre por soleá y, con un temor claro a las subidas, lo salva la campana de la profesionalidad. Alegrías y Tarantos, sin tranquilidad. Por malagueñas: más vale no meneallo, y que no se entere el Mellizo.

Enrique de Melchor le da el tono en grande a Luis de Córdoba; apunta granaínas y soleá (muy puras) con sosiego y mando. Le sigue José Georgio (José el de la Tomasa)—facha de niño moderno con su poquita de pasta—, que con Habichuela borda unas malagueñas, partiendo de Francisco Lema. Por peteneras, gloria pura.

El ronqueo flamenco de Curro Malena lo disfrutamos en tangos: compás y aire. Pedro Bacán era genio y guitarra. (Tenéis que oír cantar, sí, cantar a Pedro: puro, antiguo y enrollado. ¡Esa noche del 27 de marzo en la Peña El Sombrero!)

Calixto Sánchez gusta y sorprende: clava por malagueñas cosas de Chacón. La virguería fue como interpretó a Paco la Luz por seguiriyas.